

Los santos de Mucuchíes: entre el mito y la historia*

Belkis G. Rojas Trejo
Dep. Historia de América y Venezuela
Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela)

Resumen:

Partiendo de que tanto la tradición oral como la memoria escrita son fuentes complementarias de transmisión de conocimientos, se analiza a través de los mitos de “aparición” de los santos patronos del pueblo de Mucuchíes (San Benito y Santa Lucía), cómo los parameros explicitan la memoria de eventos históricos como son la Guerra de Independencia y la Guerra Federal, en las que, a nivel local, los santos, particularmente San Benito de Palermo, son figuras privilegiadas que “luchan” por la independencia del país. De igual manera se tematiza el proceso de ordenamiento que debió operar en el pensamiento mítico paramero a partir de la imposición de las imágenes míticas (santos y vírgenes) de la religión católica dominante, provocando la apropiación de éstos por medio de su “aparición” voluntaria en el lugar y la asunción de la defensa y preservación del territorio en sustitución o en convivencia con los “Encantos de los indios”.

Palabras Clave:

Tradición oral, memoria histórica, mitos, guerra federal,
guerra de independencia.

Abstract:

Since speech and written form are both complementary sources to transmit knowledge, the way people from Mucuchíes explain historical events such as the

* Artículo culminado el 09-07-2010. Entregado a esta revista para su evaluación el 23-07-2010. Aprobado para su publicación por el arbitraje interno y externo de la revista el: 20-09-2010.

** Profesora de la Facultad de Humanidades y Educación, e integrante del Grupo de Trabajo Sobre Asuntos Indígenas (GTAI). Correo electrónico: belkiata@yahoo.es

War of Independence and the Federal War, is analysed through myths referred to “appearances” of saints, especially Saint Benito and Saint Lucia. In those wars in that region saints, particularly Saint Benito de Palermo, are figures that along with ancestors “fight” for the independence of the country. Besides, the process of ordering that might have occurred in the mythical thought of those people is also considered as a subject of study taking into account the imposition of mythical images by the dominating catholic religion. This event promoted the appropriation of those figures through their voluntary “appearance” on site and the assumption of the defense and preservation of the territory by substituting or cohabiting with the “Enchantments of the Indians”.

Key Words:

Oral tradition, historical memory, myths, federal war, independence war.

1. Introducción

La memoria oral incluye todos los registros relacionados con el pasado que guardan los individuos y los grupos sociales; registros que involucran creencias, tradiciones, símbolos, relatos, imágenes, monumentos, etc. Una de las características de la memoria oral es su dinamismo ya que se va modificando en el transcurso de los tiempos acorde con las necesidades imperantes, sobre todo aquellas que imponen las relaciones de poder. Las sociedades recurren a estrategias de re-construcción para legitimar sus identidades y mantener o reactivar su pasado, en este sentido, la escritura, que tiene el poder de fijar buena parte de la oralidad, construyendo así la historia de los pueblos, es susceptible de ser aprovechada y re-leída por las sociedades o por determinados sectores de ellas, para evitar el olvido y mantener, re-construir o producir sus tradiciones, sus mitos y sus historias. “Esta recuperación del pasado no es un re-vivir imágenes, porque el paso del tiempo, entre otros árbitros, ha mediado para que no se pueda volver a vivir esa experiencia. La colectividad es quien propone y dispone cómo manejar el recuerdo, según las necesidades o intereses de la actualidad” (Rojas Carranza, 2003).

Varios estudios han mostrado que la memoria oral es, sin duda alguna, una forma válida de conocimiento para nada carente de profundidad y que es posible ahondar y establecer correspondencias entre la memoria histórica oral y los eventos históricos registrados de forma escrita (Bjord, 2005; Gómez Pellón, 1999). Horacio Bjord (2005) señala que ambas formas registran las mismas experiencias históricas únicas e irrepetibles; sin embargo:

...esa correspondencia hay que saber armarla, construirla, hacerla encajar, porque la memoria oral y la historia oral tienen un orden, una pragmática, una retórica que obviamente varía de acuerdo a los patrones culturales de cada sociedad. No es universal, sino que está relacionada con valores, creencias, imaginarios colectivos, prejuicios, sentimientos de racismo, endoracismo, etnocentrismo, etc., y determinada por ellos. La historia escrita también tiene tales características, o si se quiere, determinaciones causales, solo que a partir de la invención de la escritura y, especialmente a partir de la invención de la imprenta, se privilegió en grado superlativo (casi excluyente) la historia escrita por encima de la memoria y la historia oral (p. 57).

Los datos que aquí se analizan fueron recogidos durante varias estancias desde el año 1992 cuando inicié trabajos de campo a través de distintos proyectos de investigación en el pueblo de Mucuchíes, capital del Municipio Rangel y en sus aldeas (Misintá, Misteques, Mocoa y Gaviria), poblaciones ubicadas en la Cuenca alta del río Chama, en el Estado Mérida. Para este tema la recolección se hizo entre hombres y mujeres mayores de 40 años, tanto de las aldeas como del pueblo, algunas de las cuales manifestaron no saber leer ni escribir o que apenas leían y podían “firmar” (escribir su nombre), está claro que los habitantes de Mucuchíes además de no desconocer la escritura y la impresión, mantienen una constante relación con otras formas de oralidad a través de la radio y de la televisión, lo que lógicamente influye en la producción y re-producción de sus narraciones y concepciones en torno al pasado, y en el caso que aquí nos ocupa, en torno a San Benito y Santa Lucía,

sus santos patronos; relatos que entendemos como mitos en cuanto que son “...un sistema de representaciones que la imaginación de los grupos culturales pone al servicio de las necesidades del presente y que son re-actualizadas en los momentos rituales.” (Amodio, 2004:3). En este sentido, en Mucuchíes la revitalización tanto de los mitos como de las fiestas en honor a los santos patronos responden a necesidades concretas de identificación y de pertenencia que se reafirman hoy más que nunca frente al auge de nuevas formas de economía y validación histórica del páramo y de su cultura como espacio turístico con su consabida necesidad de consumo de “autenticidades”.

2. Los mitos de aparición

En los mitos San Benito y Santa Lucía “aparecen” en dos dimensiones temporales. Una inmaterial, efímera, como “una visión”, vinculada a eventos históricos del pasado nacional, regional y local como son las guerras vividas en el siglo XIX, referidas como: “cuando las guerras de Bolívar”, “cuando la Independencia”, “cuando la guerra contra los Godos” o “cuando la Guerra Federal”. Es en esta dimensión cuando el mito decreta el origen y la razón de las fiestas en honor a los santos, pues fue en esos momentos cuando se produjo la “aparición” vital, fulgurante y decisiva del San Benito negro para ayudar a los hombres de Mucuchíes a “ganar la guerra” y proteger su territorio:

San Benito fue cuando las guerras contra los godos, las guerras de Bolívar pues, de la independencia de los de aquí los godos eran los de afuera pues, fue cuando la guerra esa de la Federal que él apareció. Los de aquí eran los liberales, los de afuera eran godos. Que un Coronel de aquí que se llamaba Salas..., la esposa del coronel era devota de San Benito, y el Coronel, que trabajaba mucho en la guerra estaba bravo ¡que cómo iba a ser santo un negro!, no creía él pues. Cuando la guerra los de aquí pues, estaban perdiendo la guerra, entonces él lo invocó, invocó a los santos. Pidió el milagro pa’ que lo ayudaran a ganar la guerra pa’ no perder la tierra pues y le ofreció a San Benito que él le

organizaba fiesta con pólvora en esta tierra. ¡De pronto vio un negro muy gallardo en el medio de los hombres, oriendo una bandera tricolor, dirigiendo a los hombres! y así fue que ganaron esa guerra. El negro le hizo el milagro y el coronel le organizó la fiesta; de ahí viene la fiesta al santo... (Ángel Custodio Lobo, Misteques, Mucuchíes 1995)¹.

La otra dimensión implica un tiempo impreciso y remoto: “Hace mucho tiempo”; “antiguamente”; “cuando había indios por estas tierras”. En esta dimensión los santos “aparecen” como imágenes tangibles y, de cierto modo, permanentes; como un “par de muñequitos”:

Hace mucho, mucho tiempo por estas tierras vivían unos viejitos inditos que tenían unas gorras coloradas, eran dos viejitos con unos muchachitos, dos muchachitos ... se fueron a buscar leña por ahí onde está la iglesia, pa'l llano de Balza², por ahí había unos cimientos, unas parecitas ... Los viejitos mandaron a los muchachitos a apañar leña y consiguieron los dos muñequitos en una covacha, negros de tierra, y entonces los tragieron a la casa; la señora los puso en el altar. Al otro día no estaban ahí, entonces los fueron a buscar en la cobachita y allá estaban los dos muñequitos, esos eran chiquiticos. San Benito, el apareció, está adentro de la imagen del San Benito grande de la iglesia. Santa Lucía, la chiquitica, se la habían lleva'o pa'l Carrizal ... después no se que se hizo. La que está debajo del Altar Mayor es la propia, la tragieron de Roma, la consiguió el padre Jáuregui. Ella era una niña catirita, blanquitica, que la perseguían los verdugos y querían sacale los ojos; tenía ella diez años cuando la tragieron a pie porque en ese tiempo no había carros y era ella de carne y gueso y era muy pecosita y rosaita, catirita, catirita. Después, con el tiempo, jue que la escalaron como a Simón Bolívar, a ella le echaron cal. Mi abuelita contaba que en la urna tenía un papelito ... [en el que estaba escrito], que no la podían alzar, ni parala porque serían los gritos al cielo. A ella la sacan pa'l día de Santa Lucía, pero a la que está parada, eso la sacan no muy lejos del Altar Mayor, uno la mira [a la de la urna] y está igualita parece que lo persiguiera a uno con la vista la

santica. Ella no se puede mover, es muy pesada, ella es de carne y queso. Si se mueve de ahí se inunda Mucuchíes, se ahoga todo el pueblo. Ella es la que mantiene al Encanto del Páramo pa' que no se inunde el pueblo. Eso decían, dicen los mayores, ella nos protege, protege al pueblo del encanto de agua, eso era un Encanto que existía; un Encanto de los indios de antes (Sixta Gil, Misintá, Mucuchíes, 1992).

3. Memoria oral y memoria escrita

No se pretende aquí privilegiar una forma de conocimiento sobre otra, si no más bien, de proporcionar una lectura de los eventos que formula la memoria histórica oral y mostrar que existen correspondencias, aunque no en términos exactos, con los eventos registrados por la memoria escrita.

El siglo XIX venezolano estuvo marcado por una serie de contiendas bélicas y en los Andes, algunos de esos enfrentamientos se llevaron a cabo en Mucuchíes e involucraron directamente a sus habitantes al igual que a otros de sus vecinos parameros. Esto, de alguna manera, ha provocando una marca afectiva en sus habitantes actuales que rememoran y reelaboran el pasado a través de los mitos y del ritual festivo en torno a los santos, sobre todo a san Benito de Palermo, proyectando en el presente un espacio-tiempo cargado de poder que evoca a los antepasados guerreros. En diciembre del año 2001, el animador oficial de la fiesta en honor al santo, oriundo de la aldea Misintá, convocaba: “Nosotros, descendientes del cacique Misintá, llevamos en nuestra plena sangre guerrera, sangre de hombres de batalla. No nos milenamos ... ¡salgamos adelante, conquistando y protegiendo nuestra tierra!”. Este discurso es acompañado de una gran descarga de pólvora con disparos de trabucos, vivas a San Benito, a la tierra de Mucuchíes y a Simón Bolívar.

J. M. Jáuregui Moreno, en sus *Apuntes Estadísticos del Estado Guzmán de 1877*³, afirma que los mucuchiceros participaron en

varias contiendas bélicas del siglo XIX. Señala por ejemplo que acompañaron al General Ribas en la acción de Niquitao, a Urdaneta en los enfrentamientos que se suscitaron en la Laguna de Maracaibo y que incluso él llegó a conocer a varios indígenas Mucuchíes que habían participado en la campaña del Perú. También destaca la participación en varias de las contiendas que se suscitaron durante la Guerra Federal.

Son varios los eventos que ambas memorias registran. Por ejemplo, en la historiografía regional podemos constatar el registro de los eventos ocurridos en Mucuchíes a partir de la reacción realista ante los sucesos independentistas de 1810 y 1811. Maracaibo, Coro y Guayana permanecieron bajo el gobierno realista y desde aquí se preparó la reconquista de las provincias independentistas confederadas. En este escenario Mucuchíes fue uno de los lugares elegidos estratégicamente por los patriotas merideños para acantonar las tropas de defensa bajo el mando de Antonio Ignacio Pino y Vicente Campo Elias⁴ (Burguera, 1982; Chalbaud Zerpa, 1997).

Otro hecho harto privilegiado tanto por la historia oral como por la escritura es el paso de Simón Bolívar por Mucuchíes en el año de 1813, durante la Campaña Admirable. La historia oral a través de este hecho pone el énfasis en el carácter bolivariano e independentista de los parameros. En tal sentido, Mucuchíes, como el resto del país, se aviene con las necesidades culturales del Estado de crear un aura de poder legítimo e irrefutable (Taussig, 1992) a través de culto a los héroes, en este caso, a Bolívar y a los antepasados de los mucuchiceros que participaron en esas “guerras de Bolívar”, siendo así ellos parte de ese poder, de esa legitimidad, de esa unidad y de esa autoridad de lo “auténtico”, “lo histórico”, “lo patriótico”, tan caro al deseo de identificación con ... y a la necesidad de patrimonializar que se ha impuesto en el mundo actual⁵.

La memoria histórica oral somete los eventos del pasado a un filtro selectivo marcado por la fuerza de los mismos, comprime la narración o

totaliza los eventos. Así, en el mito el evento que da la pauta de “aparición” del santo negro es la guerra, una e indistinta: “...la guerra contra los godos, las guerras de Bolívar, de la Independencia de los de aquí, los godos eran los de afuera ... los de aquí eran los liberales...”, mostrándonos que se intercalan aquí los episodios de la Guerra de Independencia (1810-1823) con los episodios merideños de la Guerra Federal (1859-1863) en la cual los habitantes del Cantón de Mucuchíes estuvieron involucrados activamente.

En Mérida como unidad político-administrativa no se produjo un movimiento federal autónomo, sino que la guerra penetró por iniciativa de dirigentes federalistas de otras regiones y desde otras regiones, aún cuando, en opinión de algunos estudiosos de la Guerra Fedral, los principios federales de gobierno tenían aceptación en una buena parte de la población. Fueron dos las incursiones de la Guerra Federal en Mérida. La primera, en mayo de 1859 cuando el general Ezequiel Zamora decide, desde Barinas, invadir simultáneamente a las provincias de Mérida y Trujillo. La responsabilidad referente a la toma de Mérida la llevan Natividad Petit y José Ignacio Pulido con 235 hombres, quienes toman primero la población de Las Piedras el 20 de junio y Mucuchíes cinco días más tarde. Esa primera incursión no pasó de Mucuchíes, pues allí las fuerzas del gobierno enfrentaron y derrotaron a las fuerzas federales (Monsalve, 1974: 65-73; Parra Dávila, 1999). Laureano Villanueva en su obra *La vida de Zamora*, se refiere a este evento:

... Petit fue acabado de un tiro de fusil a la entrada del pueblo [de Mucuchíes] en el barrio El Cacho y Pulido atrincherado en una casa se mantuvo todo el día... quemáronla al fin la casa y puesta fuera de combate toda su columna, vióse obligado al cabo de una brega a muerte a quedar prisionero con todos sus heridos (citado en Parra Dávila, 1999: 23).

La segunda incursión fue en julio de 1860, esta vez es el general Pedro Aranguren quien aplica la misma estrategia de invasión simultánea a Trujillo y Mérida, esta última comandada por los generales Modesto Rodríguez y Eulogio Aranguren quienes logran tomar “Las Piedras” y

avanzar logrando la toma de Mérida para ser luego derrotados en la montaña de Mocomboco. Sin embargo, acorde con Monsalve (1974), a pesar de esta derrota hubo un logro político-militar tal como lo demuestra la adhesión a las ideas federales proclamada por varios pueblos andinos como Ejido, Tabay, Lagunillas, San Juan de Lagunillas, La Mesa de Ejido y Mucuchíes⁶.

En la Proclama de adhesión de los mucuchiceros se evidencian los conflictos que éstos venían arrastrando con las autoridades. Aquí manifiestan su descontento con las fuerzas del gobierno debido a los malos tratos y a la exclusión de que eran objeto:

... Que el año de 48 cansados de sufrir y de ser víctimas del llamado gobierno, nos pronunciamos pública y enérgicamente por los principios liberales, con cuyo paso atendimos y salvamos la capital de nuestra provincia y por consiguiente sus mandatarios amaestrados en el despotismo, siguieron mandando, y este cantón siempre ha sido perseguido, vejado y hostilizado, pero hace año y cuatro meses que se ha puesto en prueba nuestra tolerancia, nuestra sencillez, nuestro desinteresado patriotismo; insultándonos de obra y de palabra, atacándonos nuestras propiedades, allanándonos nuestras casas. Amarrando a nuestros hombres en los poblados y caminos, mandándolos a tirar como fieras bravías, exigiéndose al Cantón dinero, bestias de silla, de carga y de ganado en un modo hostil, vejándose en público nuestros prohombres con el título de facciosos y con amenazas repetidas de destruirnos... (Monsalve, 1974: 78).

Es indiscutible que la fuerza de estos acontecimientos se pone de manifiesto en el mito de aparición de San Benito, en el que la memoria histórica oral recrea y ajusta acciones, lugares, personajes y pertenencias. Recordemos, con Lévi-Strauss (1990), que lo que las especulaciones míticas buscan no es describir la realidad, sino más bien justificar el corte de cuentas en que la realidad consiste y, en este sentido, los eventos bélicos sucedidos en Mucuchíes son una realidad que el mito registra y mantiene y que las fiestas anuales, en honor a los santos, reactualizan.

Pero el mito de aparición de San Benito no sólo es un registro oral de las guerras sino que nos habla también de otros “cortes” de la realidad como el de los prejuicios raciales hacia los negros heredados de la colonia. Según el mito, fue una mujer, es de suponer que una mujer blanca, quien comenzó la devoción al santo, aunque su marido no podía concebir la existencia de un santo negro “...el coronel que trabajaba mucho en la guerra estaba bravo ¡Que cómo iba a ser santo un negro! no creía él pues”⁷. Como señala Ascencio (2001) en su análisis sobre los mitos de San Benito de Bobures, la santidad es una cualidad reservada exclusivamente a los blancos:

Hasta hoy en día, blanco equivale a santo, a puro, y negro equivale a malo, a impuro, a pecado. Desde el punto de vista léxico-semántico, un santo negro constituye de alguna manera un oximorón, un enfrentamiento de dos palabras de significado contrario (p. 139).

Sin embargo, como señala esta autora, la paradoja es lo propio del lenguaje mítico; el mito revierte el orden de las cosas y es “un negro muy gallardo que oreaba una bandera tricolor”, quien aparece en medio de los ejércitos y dirige a los hombres blancos para que ganen la guerra y conserven su territorio.

En un trabajo de investigación realizado entre los años de 1988-1989 sobre la representación del indígena entre la población paramera encontramos que los habitantes de Mucuchíes se autodenominan “campesinos”, “parameros” o “mucuchiceros”, se consideran descendientes de los “antiguos”; y cuando señalan esto se refieren a su ascendencia española e indígena, nadie consideró en aquél entonces el elemento étnico africano como parte de su ascendencia, posibilidad que además no veían con agrado (Rojas, 1989; 1994). Sin embargo, varios de los ancianos entrevistados de las aldeas de Misteques y Mocaoc coincidieron en señalar que “antiguamente vivían en Misintá los negros, en casas que eran todas de rastrojo, tamo y piedra”. Esta afirmación nos llevó a escudriñar en la memoria de los misintajeros acerca de esos

“negros que vivieron allí”, pero éstos afirmaron convencidos que allí nunca hubo negros. Elisa (68 años) señaló “no, mi taita decía que indios sí somos, pero negros no he escuchao yo. Eso no, no había pu’ aquí. Unos indios más zambos, más moraos, ... pero negros de esos negros pu’ aquí no, no, nunca se vio” y Francisco Parra (70 años):

...esos negros que dicen vustedes sería los que vinieron con las guerras y quedarían por ahí ¿quién sabe?. Yo eso no, no tengo conocimiento legalmente de eso. Los negros de aquí son de aquí, los negros de San Benito, esa es gente de aquí que se pintan pa’ la fiesta, negros y giros, se visten y se pintan de betún y carbón con manteca pa’ la fiesta de san Benito...El santo sí es negro pero es el santo, que fue apareció aquí cuando las guerras, pero negros no ha habío, no tengo yo la sibilidá de eso, no. Indios sí se sabe, había antes, ahora ya no; no quedan pa este lao, quedarán por las selvas y así ¿quién sabe?, aquí no, aquí había, pero se fueron acabando, los últimos serían tal vez una vieja que nombraban la Chimiguela y el Sidro Adivino pero esos ya desaparecios ... Negros no, no he sabio yo.

A pesar de las afirmaciones de los ancianos de Misintá la confrontación de la memoria oral de los mistequeros coincide con los pocos datos escritos que se encuentran en relación a la existencia de esclavos negros en Mucuchíes. Los pocos estudios realizados sobre la esclavitud en la zona andina de Mérida muestran que desde finales del siglo XVI en adelante comienza a haber esclavos y que su adquisición se hacía desde el Puerto de Gibraltar al sur del Lago de Maracaibo. Los esclavos se concentraron mayoritariamente en la cuenca media y baja del Chama, zonas donde se cultivó cacao, tabaco y caña de azúcar; en la cuenca alta la población esclava fue más escasa (Rodríguez Lorenzo, 1982; Clarac de Briceño, 1985; Samudio, 1998: 476). Según Cunill Grau (1987) en el año de 1810, había en Mérida unos 600 esclavos negros y una población indígena que bordeaba los 10.000 habitantes repartidos en 16 pueblos de indios. Con la Guerra de Emancipación, una gran parte de esos esclavos se enrolaron en las tropas tanto del bando realista como

del patriótico, mientras que otros eran sacados de las haciendas para ser vendidos en Maracaibo. Según datos de Von Humboldt para el año de 1830 había en Mérida 364 esclavos negros de los cuales 34 estaban en Mucuchíes y 123 en Ejido (en Cunil Grau, 1978:173). Diez años después, en 1840, según el censo realizado por Codazzi (en Rodríguez Lorenzo, 1982: 112), a Mucuchíes, en tanto que cabecera de cantón, se le asignaron 26 esclavos⁸, no cabe sino preguntarse: ¿Serían éstos los “negros” que la memoria de los ancianos de Misteques y Mocaó ubica en la Aldea de Misintá?

4. Santos y encantos

La segunda versión del mito de aparición de los santos refieren también la defensa y preservación de Mucuchíes y su gente, pero esta vez es la imagen de Santa Lucía quien los protege de las amenazas de inundación y desaparición del pueblo por la “bajada del Encanto de los indios” desde lo alto de los páramos. Los estudios realizados en la zona han mostrado como en el culto a los santos católicos existen numerosos elementos de la cosmovisión y la religiosidad indígena previa a la llegada de los españoles a estos lugares (Clarac, 1981; Clarac, 1985; Rojas, 1988a; Rojas, 1988b; Bastidas, 1994; Martens, 1998).

Otras narraciones de los habitantes de la aldea Misteques relacionan explícitamente a San Benito con los Encantos que moran en los páramos, las piedras y lagunas de la zona. Aquí la tradición oral señala que la gran piedra de Mu’bay tenía un Encanto de los antiguos indígenas, era un Encanto muy bravo que causaba tormentas e inundaciones. Cuando se hizo la capilla encima de la piedra y se colocó la imagen de San Benito en ella, Mu’bay se puso muy bravo y causó una gran tormenta con lluvia, ventisca y granizo. Solamente la intervención de uno de los últimos indígenas de la zona, llamado Chon Maraco o Sunción Maraco, que hablaba la lengua de los indios y se comunicaba con el espíritu de las piedras y de los páramos, logró que Mu’bay diera el permiso para colocar al santo y hacerle misa. Después de la misa,

este Encanto salió de la piedra en forma de un niño sentado sobre un arco redondo y brillante, para instalarse en el Picacho de El Bartolo, pico ubicado en la cabecera de la aldea Misintá que representa uno de los encantos más importantes y reconocidos en la zona.

Se dice que este pico tiene una abertura que lo comunica subterráneamente con el pueblo, que a su vez está edificado sobre una gran laguna. Su entrada es una cueva ubicada en la parte baja del cementerio, denominada “cueva de El zapallal” en la que aparece un Encanto femenino:

...una joven catirita, no se lleva a nadie, solamente la ven sentada, nada más aparece. Es la que cuida la boca del Encanto pa' que nadie dentre, allí nadie puede entrar y a ella nadie la puede mirar porque se puede quedar bobo, ciego, encantao (Francisco Torres, Mocoa, 1999).

En estos relatos encontramos algunos elementos que muestran cómo en el pensamiento mítico opera una coartada que muestra la sustitución a la vez que la coexistencia de seres míticos de distintas tradiciones religiosas: el Encanto de Mu'bay, acepta su desplazamiento sin dejar de manifestarse como un ser mítico no domesticado que constantemente debe ser “vigilado, sostenido, amansado” por el Encanto “joven, rubia”, cuya descripción la acerca en varios términos a la imagen de Santa Lucía.

En el marco de la preparación de las fiestas que incluye la realización de las novenas a los santos, así como en los discursos públicos realizados durante las fiestas y en las transmisiones de los mismos y en otros señalamientos que se hacen a través de las emisoras de radio locales y en las televisoras andinas, es común comentar la vida de los santos. La hagiografía, es una de las fuentes escritas que presta sus imaginarios sagrados a la elaboración o re-elaboración de nuevos y propios imaginarios en torno a los santos, acorde con necesidades históricas y sociales de algunos grupos humanos en lugares y tiempos determinados.

Según estas historias los santos y las santas fueron hombres y mujeres superlativamente bondadosos, capaces de soportar el martirio, el hambre, la pobreza y la persecución. En las lecturas de la vida de los santos escuchadas y repetidas por los parameros de Mucuchíes, San Benito fue como ellos, agricultor y cuidador de ganado⁹, aquí se convierte en un símbolo de libertad e independencia al participar, junto a sus antepasados, en las luchas por la independencia del país. Por su parte, Santa Lucía fue una niña cristiana, rubia, de ojos muy bonitos que se arrancó voluntariamente para ofrecerlos a un joven pagano que la pretendía. Uno de los castigos que le impusieron los romanos por no querer renunciar a ser cristiana, fue enviarla a un prostíbulo, pero un milagro hizo su cuerpo muy pesado y nadie pudo moverla (Buttler, 1965; D'Annunzio, 1998).

El mito retoma algunas de estas características de la Santa que se avienen perfectamente con una de las formas que, según la tradición oral, toman los Encantos femeninos: “joven rubia, de ojos claros y bonitos”. El acercamiento entre la santa y el Encanto es evidente; en la segunda versión del mito de aparición de los santos se la describe como “una niña de carne y hueso, catirita, pecosita y rosadita”, perseguida por unos verdugos que querían sacarle sus ojos y que fue traída a Mucuchíes desde Roma cuando tenía diez años.

Además de los elementos hagiográficos, encontramos que en esta versión del mito se registra un evento histórico local ocurrido a principios del siglo pasado, que hoy pareciera poco relevante, tal como fue la compra de una imagen de Santa Lucía, realizada en Roma por Monseñor Jáuregui Moreno en el año de 1904, con la idea expresa y poco exitosa de hacer de Mucuchíes un lugar de peregrinación mariana. Acorde con este propósito, las Socias de la Virgen mandaron a hacer la urna de cristal en la que “reposa el cuerpo pesado y encalado de la santa”¹⁰. La imagen que actualmente se encuentra al pie del Altar Mayor de la iglesia es la misma que, según el mito, trajo el expreso mandato escrito “en un papelito”, de no moverla porque con el peso de su

cuerpo es ella quién “mantiene [en su lugar] al Encanto del Páramo, el Encanto de los indios”, y así protege al pueblo de su constante amenaza de inundación.

5. Consideraciones finales

El fenómeno aparicionista, registrado en muchas religiones y culturas del mundo, al parecer, surge de situaciones de crisis de identidad e implica, la reafirmación de identidades minusvaloradas, la fundación o reapropiación de territorios que están en peligro de



Fotografía Nº 1: Fiesta de San Benito en la población de Mucuchíes (Estado Mérida - Venezuela): Esquina de la Plaza Bolívar en la que confluían la entonces sede del Concejo Municipal del Municipio Rangel, la casa natal del Cardenal José Humberto Quintero (y sede del Colegio que lleva su nombre) y la casa cural, en la Calle Bolívar (29 de Diciembre de 1986). Fotografía de M. A. Rodríguez L.



Fotografía N° 2: *Fiesta de San Benito frente a la Iglesia de Santa Lucía en Mucuchíes (Estado Mérida - Venezuela). Paso del capitán con la bandera de Venezuela (29 de diciembre de 1986).* Fotografía de M. A. Rodríguez L.

pérdida y que, a través de nuevas deidades pueden ser sacralizados y readquiridos simbólicamente (Barabas, 1992: 3).

A través de los mitos de aparición los mucuchiceros mantienen y transmiten la memoria correcta de hechos verdaderos acaecidos en el pasado, articulando, de este modo, su pasado con el ideal de nación construido por las elites criollas que participaron en el proceso independentista y posteriormente federalista y liberal. Los eventos históricos contenidos en los mitos permiten de algún modo expresar un sentido de inclusión y de pertenencia, por lo tanto de identidad, tanto nacional como local.

La ambigüedad aparente de los mitos, no es más que un recurso de la memoria. Una coartada perpetua que, ante el hecho

histórico, social, político e ideológico por medio del cual éstas elites hegemónicas reducen e invisibilizan la diversidad étnica y las diferencias socioeconómicas existentes en la realidad de la recién surgida nación, permite a los mucuchiceros mantener y reactualizar la importancia de su participación en los hechos y la impronta que éstos produjeron en su sociedad.

Ambos santos “aparecen” para proyectar un sentido de pertenencia, proteger y reafirmar al pueblo en su espacio y reiterar la participación de sus habitantes en la construcción de su historia y la del país; los santos “aparecidos” en el lugar los protegen tanto de las catástrofes naturales o “bajadas del Encanto”, como de las agresiones de los de “afuera”, sean estos los colonizadores españoles o los gobiernos y ejércitos realistas.

Notas

- ¹ Existen versiones en las que los santos Benito y Lucía “aparecen” juntos en el campo de Batalla y se precisan lugares de enfrentamientos como el Páramo del El Zumbador en el Estado Táchira o Jajó, en el Estado Trujillo (Martens, 1998).
- ² Otras versiones señalan que esta “aparición” se produjo en un lugar denominado “Cañada de Mimuri”.
- ³ Aquí utilizamos la versión publicada en el año 1948, *Apuntes Estadísticos del Estado Mérida*, Imprenta del Estado, Mérida, Venezuela. Con el mismo título fue reeditado en el año de 1987 por la Biblioteca Venezolana de Historia, N° 32, Caracas.
- ⁴ Los otros lugares fueron Bailadores bajo el mando de Francisco Yépez y Mérida bajo la responsabilidad del Teniente Juan Antonio Paredes a quien el Poder Ejecutivo merideño había otorgado el mando político y militar de toda la Provincia de Mérida.
- ⁵ Este paso se encuentra tangiblemente testimoniado a través de la imagen de Simón Bolívar, con el indio Tinjacá y el perro nevado que se encuentran tanto en el sitio de Moconoque (lugar en el cual se supone que un prohombre de la región le obsequió a Bolívar el famoso perro Nevado y

al indio Tinjacá como cuidador del perro) , como en la plaza Bolívar del pueblo; de la actualización de “la ruta de Bolívar” y de la reciente elevación del monumento de Bolívar en su paso por los páramos durante la Campaña Admirable, ubicado en la plaza central del pueblo o plaza Bolívar.

- ⁶ Dichas proclamas reposan en el Archivo General del Estado Mérida, Año 1860, *Conspiración, Infidencia y Asonada*, Ts. VII, VIII y XIX. A.H.M. *Materia Civil*, T. VIII.
- ⁷ No podemos precisar a qué Coronel Salas se refiere la memoria oral en los mitos de “aparición” del San Benito negro y guerrero podríamos pensar tal vez en el coronel merideño Rafael Salas que en 1817 liderizó, junto a Manuel Esteban Nucete Muñoz, un fracasado alzamiento contra el gobierno real, lo que lo obligó a huir hasta la Nueva Granada donde hizo amistad con el General Santander. Regresa a Mérida en 1826 y se implica regionalmente con el movimiento de La Cosiata que se inicia en Valencia en ese mismo año y que culmina con la Revolución Separatista de 1830 y el desmembramiento de la Gran Colombia. Este personaje fue casado con Doña Dolores Roo Pirela de Maracaibo, con quien tuvo diez hijos, siendo su familia una de las más prestigiosas y poderosas de Mérida (Chalbaud Zerpa 1997:167-176).
- ⁸ La vida de los esclavos y de sus descendientes en los años posteriores a la independencia hasta el año 1854, en que se decretó la abolición de la institución esclavista, no ha sido abordada por los estudiosos que se ocupan de la historia del siglo XIX.
- ⁹ También se le adjudica el oficio de cocinero por lo que tiene un altar privilegiado en las cocinas de los hogares parameros; las mujeres lo consideran no sólo como un santo guerrero si no también como proveedor de alimentos y dispensador de salud femenina.
- ¹⁰ Según el discurso pronunciado por el Arzobispo Metropolitano de Mérida, Monseñor Baltazar Porras, en la Camara Municipal de Mucuchíes en el año sesquicentenario del nacimiento de Mons. Jesús Manuel Jáuregui, el 6 de mayo de 1998 (reproducido en Miralles Z. y Marín Mata, 1999:14). Aunque la memoria oral privilegia este evento, no podemos dejar de mencionar que el culto a Santa Lucía es muy anterior a la traída de esta imagen, según el historiador Campo del Pozo (1979:73), el culto a Santa Lucía comenzó en Mucuchíes cuando los Agustinos “fundaron” el pueblo con el nombre de Santa Lucía de Mucuchíes en el año de 1598.

Bibliohemerografía

- AMODIO, Emanuele (2004). "La guerra de los santos. Religiones e identidades en Venezuela", en: *V Encuentro para la promoción y difusión del patrimonio inmaterial de los países andinos. Del 26 de septiembre al 01 de octubre.* Quito: Quinto Encuentro para la Promoción y Difusión del Patrimonio Inmaterial de los Países Andinos.
- ASCENCIO, Michaelle (2001). *Entre Santa Bárbara y Changó. La herencia de la plantación.* Caracas: Universidad Central de Venezuela / Facultad de Ciencias Económicas y Sociales / Fondo Editorial Tropykos.
- BARABAS, Alicia (1995). "El aparicionismo en América Latina: Religión, territorio e identidad". En: Pérez Castro, Ana B. (Coordinadora y editora). *La identidad: la imaginación, recuerdos y olvidos.* México: Instituto de Investigaciones Antropológicas / Universidad Autónoma de México.
- BASTIDAS, Luis (1994). "El San Benito de Timotes o como un ritual de origen prehispánico incorpora hoy elementos de la modernidad después de haber incorporado el catolicismo", *Boletín Antropológico*, 32 (Mérida, septiembre-octubre), págs. 44-65.
- BIORD, Horacio (2005). "Memoria oral y eventos: metáforas, analogías y correspondencias", en: *Presente y Pasado. Revista de Historia.* 20 (Mérida, julio-diciembre), págs. 55-74.
- BURGUERA, Magali (1982). *Historia del Estado Mérida.* Mérida: Ediciones de La Presidencia de La República.
- BUTTLER, H. (1965). *Vida de los santos.* Vol. II. México: John W. Clute, S.A.
- CAMPO DEL POZO, Fernando (1979). *Los agustinos en la evangelización de Venezuela.* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- CHALBAUD ZERPA, Carlos (1997). *Historia de Mérida.* Mérida: Universidad de Los Andes / Consejo de Publicaciones.
- CLARAC DE BRICEÑO, Jacqueline (1981). *Dioses en Exilio. Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida.* Colección Rescate, N° 2. Caracas: Fundarte.
- CLARAC DE BRICEÑO, Jacqueline (1985). *La persistencia de los dioses. Etnografía cronológica de los Andes Venezolanos.* Mérida: Universidad de Los Andes / Ediciones bicentenario.
- CUNILL GRAU, Pedro (1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX.* Tomo 1. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- D'ANNUNZIO, Francisco (1998). *Los santos protectores. Quienes interceden por nosotros ante Dios.* Madrid: Abraxas.
- GÓMEZ PELLÓN, Eloy (1999). "Oralidad y Tradición". En: Gómez Pellón, Eloy y otros, *Tradición Oral,* Santander: Aula de Etnografía / Universidad de Cantabria.
- JÁUREGUI MORENO, Jesús M. (1948). *Apuntes Estadísticos del Estado Mérida.* Mérida: Imprenta del Estado.

- LÉVI-STRAUSS, Claude (1990 [1978]). *Mito y significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- MARTENS, Raquel (1998). "Mubay": La piedra sagrada que oculta a los 'Arcos' tras el disfraz de San Benito y Santa Lucía". *Boletín Antropológico*, Nº 43 (Mérida - Venezuela, mayo-agosto), págs. 52-73.
- MIRALLES Z., Miriam y Marín Mata (1999). *Santa Lucía de Mucuchíes 1586-1903*. Colección Pueblos y Parroquias de Los Andes, Nº 2, Mérida: Archivo Arquidiocesano de Mérida / Alcaldía del Municipio Rangel (Mucuchíes).
- MONSALVE, Luis Orlando (1974). *La Federación en Mérida*. Trabajo de Ascenso. Mérida: Facultad de Humanidades y Educación / Universidad de Los Andes (inédito).
- PARRA DÁVILA, Alvaro (1999). *Mocomboco y otros enfrentamientos armados durante la Guerra Federal en Mérida*. Mérida: Edición patrocinada por A. Picón Pardi.
- RODRÍGUEZ LORENZO, Miguel A. (1983). *Presencia y liberación de los esclavos en Mérida*. Memoria de Licenciatura. Mérida: Escuela de Historia / Facultad de Humanidades y Educación / Universidad de los Andes, 1982 (inédito).
- ROJAS TREJO, Belkis (1994). "La fiesta de Santa Rita convierte en mito la realidad", *Revista Bigott*. Nº 58 Caracas: Fundación Bigott.
- _____ (1996). "El antepasado indígena en la mitología campesina". En: Clarac de Briceño, Jacqueline (comp.), *Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural*, Mérida: Universidad de los Andes, págs. 365-380.
- _____ (1998a). "Traídos y aparecidos: Religión e Identidad en Pueblo Nuevo del Sur". En: *Presente y Pasado*, Nº 5. Mérida: Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes. Enero-junio, págs. 111-122.
- _____ (1998b). "El culto a los santos en Pueblo Nuevo del Sur, Estado Mérida". En: *En búsqueda de la historia, Memorias de las Iras. Jornadas de Investigación de la Escuela de Historia*, Homenaje al Dr. Eduardo Arcila Farías, Col. América Actual. Mérida, Venezuela: Consejo de Publicaciones / Universidad de los Andes.
- ROJAS CARRANZA, Vilmar (2003). "La reconstrucción del pasado y/o de la memoria en dos novelas de Julio Escoto". *Intercambio. Cuadernos de Centroamérica y El Caribe*, 2 (San José de Costa Rica, enero-diciembre): www.ciicla.ucr.ac.cr.
- SAMUDIO, Edda (1998). "Los esclavos de las haciendas del Colegio San Francisco Javier de Mérida". En: Separata de la Revista *Paramillo*, Nº 17, San Cristóbal: Universidad Católica Andrés Bello / Núcleo Universitario Táchira, págs. 451-558.
- TAUSSIG, MICHAEL (1992). "La magia del Estado: María Lionza y Simón Bolívar en la Venezuela Contemporánea". En: Gutiérrez, Manuel y otros (eds.). *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*. Tomo 2. Madrid: Siglo XXI, págs. 489-518.